

Para leer a López Páez

Ignacio Trejo Fuentes

Como si fuera un alquimista, Jorge López Páez —Premio Xavier Villaurrutia 1993 con el libro Los cerros azules— se mete en el alma y el cuerpo de sus personajes para levantar la urdimbre de su narrativa. El crítico Ignacio Trejo Fuentes nos invita a leer la obra de este autor cuya prosa, dice, corre fluida y a raudales.

I

Siempre que leo a Jorge López Páez recuerdo que uno de sus méritos es haber incorporado a los niños a la literatura mexicana como protagonistas principales, porque antes de él aparecían sólo en planos secundarios, sin ningún relieve lo hizo desde su novela *El solitario Atlántico* y lo continuó en su impresionante cúmulo de cuentos. Otro logro del veracruzano (nació en Huatusco en 1922) es la fidelidad de los diálogos de sus personajes: están a la altura de los trabajados por Ricardo Garibay, Carlos Fuentes y, en otras condiciones, José Agustín. Otra distinción de Jorge es abordar temas vedados por mucho tiempo como la homosexualidad. Y por último, aunque también en primerísimo lugar, su capacidad de sacar el mayor jugo posible a escenas, personajes y situaciones en apariencia anodinos. Esos elementos se dan, como sello de la casa, en sus libros más recientes: *El nuevo embajador* y *Mi padre el general*.

Muchos de sus textos tienen resonancias autobiográficas, sobre todo aquellos cuyos personajes son niños.

Cuando el autor era pequeño tuvo problemas de asma y eso lo singularizaba porque debió enfrentar cuidados extremos por parte de su familia; le fue imposible hacer con naturalidad lo que sus amiguitos hacían, de modo que aprendió a ver y sentir el mundo desde otra perspectiva: su relación con los adultos se estrechó y en consecuencia aprendió de ellos cosas que los demás infantes ni siquiera podían imaginar. Fue en esos tiempos en que sintió los acudimientos iniciales, y por eso imprecisos, de una sexualidad distinta:

Tantas preocupaciones por mi salud habían terminado por molestarme. Era lo que años más tarde calificaba un amigo italiano, la más pura *noia del affetto*, el fastidio del cariño, del afecto. Y siempre, según mi amigo, era necesario hacer un sacrificio, para sobrellevarlo.

(...)

Adolfo no había dejado de frotarse los pies. Yo enmudecí ante su candor, ante sus desinhibiciones, ante tantas cosas que me parecían inexpresables. Sin invitarme, como si diera por sentado que no podía hacerlo, se fue despen-

diendo de sus ropas, sin importarle que lo viera excitado, o que pasara alguien, y concentrado, fija la vista en sus pies continuó autoacariciándose con los mismos. No se los frotaba, como ingenuamente lo había yo supuesto. De repente dirigió su mirada hacia el punto alto del muro del puente, corrió hacia él, se encaramó y se echó a las aguas. El sonoro y continuo rumor de los vertedores no me dejó oír la zambullida. Al recordar mi actitud, si alguien me hubiera visto, boquiabierto y ensimismado, con mi mirada fija en el arco iris, recién aparecido en el vapor que producían los vertedores, hubiera pensado que estaba embrujado. (“Algún tiempo después” en *El nuevo embajador*.)

En “Tía Tota y Totita” el niño narrador contempla, sin saber bien a bien de qué se trata, los actos de nacer y de morir, cierta fractura familiar, el apego a creencias religiosas, las traiciones e infidelidades. Esto, obviamente, lo sacude y sin duda contribuye a formarlo como alguien distinto, ese que seguiríamos a lo largo de otras narraciones.

Si bien en textos precedentes (*Doña Herlinda y su hijo*, *Lolita*, *toca ese val*) López Páez se había acercado sin pudor y con maestría al tema homosexual, es en su nuevo libro de cuentos donde éste se vuelve materia prima: ya no hay miradas de soslayo para enfrentarlo y por cuenta de los involucrados (“Ciudadano del mundo”, “Octavio Landeros Pérez”) asistimos al mundo de la simple jotería o de la homosexualidad como la cosa seria que en verdad es. Y el escritor pone las cartas sobre la mesa sin requiebros, sin juicios, aunque eso no impide que el lector entre en trance de regocijo o conmiseración. Y es bueno apuntar aquí, como he hecho en otros espacios, que una veta fundamental de la narrativa de Jorge es el humor, sobre todo a través del sarcasmo: podemos reírnos de cosas graves y lastimarnos con otras que son en realidad poco dolorosas.

Ya dije que Jorge es maestro en sacar el mayor jugo posible a situaciones insignificantes y hasta frívolas: la liebre de la conmoción salta ahí donde todo parecía estar en calma, de donde no había nada surge lo que ha de sacudir a quien lee. Asombra, así, la atención que el autor pone en detalles que para otro, incluido el lector, serían irrelevantes. Es increíble cómo describe el mobiliario, la ropa, los utensilios de cocina, los tragos, los *tics* de cada quien, sus balbuceos o largas peroratas, por ejemplo. Y ojo, gran número de los personajes tiene muy en alto la vida social, son trotamundos por lo menos bilin-



gües, magníficos anfitriones, grandes bebedores y *gourmets* inigualables, van por el mundo (literalmente) rodeados de las mayo res comodidades que rayan en la frivolidad. Pero cuidado, esa insistencia de Jorge López Páez en lo superficial está siempre al servicio de poner a flote mecanismos que definen con precisión la sustancia de los protagonistas y su mundo: no serían los mismos en otras circunstancias. Y en este mundo de aparentes naderías coexisten sin distingos hombres y mujeres, jóvenes y viejos: todos caen en los mismos anzuelos. No imagino a los seres que pueblan la narrativa del veracruzano sin el respaldo económico que suelen tener, sin las ganas de apantallar a los demás, y menos sin su frecuentación del alcohol: invariablemente, cuando se lee a Jorge, termina borracho hasta el más pétéreo de los abstemios.

Algunos lectores coinciden en que López Páez es demasiado minucioso en sus relatos, esto es que se detiene en cosas que muchos preferirían pasar por alto, pero bien visto, cada descripción, toda minucia está puesta en el lugar preciso, forma parte de un engranaje mayor y sin su presencia éste flaquearía. Tal vez por eso el autor no tiene en el copioso baúl de su producción textos bre-

Muchos de sus textos tienen resonancias autobiográficas, sobre todo aquellos cuyos personajes son niños.



ves, sino piezas de largo aliento. Por lo mismo, la mayoría de sus cuentos sobrepasa con facilidad las veinte o treinta páginas y parecen, en consecuencia, más bien novelas cortas. Y es cierto, Jorge se siente a sus anchas en el espacio largo, y si se vale el símil, diría que es un maratonista en vez de un corredor de poco aliento, un músico de sinfónica en vez de uno de música de cámara. Mas es pertinente no olvidar que cada detalle cumple una función, que no es gratuita, y al contrario de lo que sucede con muchos escritores, si podríamos los textos del *veracruzano* en busca de la concreción nos desharíamos de las herramientas que los hacen funcionar tan bien. De la preferencia de López Páez por los espacios largos es prueba su también reciente novela *Mi padre el general*.

II

Siendo quizá la novela más extensa del autor, *Mi padre el general* es, asimismo, de las más engañosas desde el punto de vista técnico, porque uno lee y lee y parece que no ocurre nada, que sólo se anuncian cosas que no fructifican, lo que provoca la tentación ambigua de continuar o mandar al diablo la tarea. Sin embargo, tal dilación está calculada, sólo hay que revisar el índice para darse cuenta: “Pre epílogo”, “Continúa el pre epílogo”, “En el horizonte se vislumbra el epílogo”, “(Unos cuantos pasos más para acercarse al epílogo)”, “Por fin el epílogo”. La primera recomendación para leer con ganancias la novela es no claudicar a las primeras de cambio: al final todo se embona, se compensa y por lo tanto se entiende.

El protagonista de la obra es el niño Miguel, hijo de un militar revolucionario cuyo desempeño político habrá de llevarlo a gobernar un estado del norte del país. Mientras, ante la ausencia de la madre, el pequeño es internado en un colegio de la Ciudad de México. Sus con-

tactos con su progenitor son escasos, casi siempre por teléfono y en contadas visitas de uno al otro. Los padres de otros internos hacen arreglos para que los fines de semana se reúnan en las ricas casas o fincas de algunos de aquéllos, donde hacen y deshacen lo que acostumbran hacer y deshacer los niños. Entre tanto, atestiguamos la disciplina casi militar del internado, donde se debe ir a misa, a confesar, con o sin necesidad, y portarse como Dios manda. Nos enteramos de las flaquezas de los adultos y de los mismos sacerdotes encargados de la dirección del colegio.

La remarcada tardanza en el desvelamiento de los motivos medulares de la novela sirve para que, al llegar al final, comprendamos sin fisuras todos los nudos ciegos que han ido formando los personajes inmiscuidos y sean tal cual y no de otro modo. Si al principio la narración es muy detallada, a partir de la segunda parte cobra otro ritmo, los hechos se suceden a grandes trancos. Por ejemplo, vemos que el general vuelve a casarse y se hace gobernador; somos testigos de la primera masturbación del chico, que le parece la entrada franca al paraíso; luego, ocurre su encuentro sexual iniciático, y su acceso al mundo del alcohol y del tabaco. En las partes finales se destaca la olla de las pasiones: siente deseos sexuales por su madrastra, se enamora de una joven bailarina cubana que lo abandona sin avisos. Y descubrimos que, en la adultez, algunos de sus amigos en tiempos del internado viven en pareja homosexual. En fin, llega a carretadas todo lo que el lector esperaba ansioso al principio. Y el remate, jocoso, es una delicia. Valió la pena la larga, anunciada espera.

Gracias a su exacta urdimbre técnica, al indudable poder narrativo de Jorge López Páez, a los asuntos que trata y como los trata, *Mi padre el general* me parece una de sus mejores novelas e insisto en que la tardanza del torrente dramático se justifica y no sólo eso: sin ella la novela carecería de su fuerza poderosa.

Vale insistir en que la prosa de López Páez corre fluida y a raudales pese a su predilección por el detalle y si algunos deslices se advierten en ella, como cacofonías, aliteraciones y arcaísmos, se debe a que así hablan los personajes: es clara la distinción entre el narrador y los protagonistas: cada quien se expresa como le corresponde.

Libros como *Mi hermano Carlos*, *La costa*, *Silenciosa sirena*, *Los cerros azules* y *De Jalisco las tapatías* le han valido a Jorge distinciones como los premios Xavier Villaurrutia y Mazatlán de Literatura. Pero, como se sabe, el mayor galardón a que puede aspirar todo escritor es a ser leído. Ésta es una invitación a hacerlo. **[U]**

Jorge López Páez, *El nuevo embajador*, Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), México, 2004, 362 pp. *Mi padre el general*, Plaza y Janés, México, 2004, 407 pp.